

FERNANDO SANTIVAN, EL HOMBRE, EL ESCRITOR

POR

MARIANO LATORRE

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DE CHILE EN 1952

HABLO DE SU VIDA

Conozco a Santiván desde mi juventud.

Nacimos el mismo año, a finales del siglo pasado. Pertenecemos, pues, a la aurora del siglo XX. El nació en Araúco; yo, en Cobquecura, costa sur de la provincia del Maule.

El azar nos hizo encontrarnos en Parral, tierra adentro, lejos de Araúco y lejos de Cobquecura.

Ambos descendemos directamente de españoles; él, de castellanos viejos, de Torrelavega; yo, de vascos de Plencia.

Conocí al padre de Fernando. Un hombre alto, recio, de ademanes desenvueltos y decididos. Mi padre, auténtico vasco del litoral, *un pincho* (1), como ellos dicen, era de carácter alegre y trato afable.

Montañeses y vascos son casi vecinos en la Península, y así como allá se entienden, se entendieron mi padre y el suyo en la villa primaria de Parral. No era agradable, sin duda alguna, este aldeón semicolonial que fundó don Ambrosio O'Higgins a finales del siglo XVIII.

Me producía la sensación de un viejo poncho de huaso, deshilachado y roto, con sus casonas sin estilo, sus torcidos tejados y sus calles disparejas, negras de barro en los inviernos y rojas de polvo en los veranos.

Recuerdo las ruidosas acequias que corrían al borde de las aceras, y a los dependientes criollos o españoles echando agua a la calzada mediante palas de madera, hechas con las tablas de los cajones viejos de las tiendas. Así protegían del polvo sus casinetas, sus ponchos y sus monturas.

Parral era un pueblo fundamentalmente agrícola.

Una fértil llanura, abundosa de agua, que venía del Perquilauquén y sus afluentes, producía trigo y cebada y ganado de calidad en sus potreros de engorda y en sus veranadas cordilleranas.

De esa fertilidad vivían tiendas y almacenes de vascos y de castellanos, y por una curiosa coincidencia, que a lo mejor no lo era, castellanos y vascos fueron también los fundadores de la villa y los dueños de encomiendas de la región. A los Urrutias e Ibáñez los sustituían ahora los Urías y los Machos.

La cordillera, estampada en un cielo lejano y desvaído, era un muro azul con su alero de nieve o simplemente un amontonamiento de nubarrones grises en los días de lluvia.

Nunca he olvidado (en tal forma me impresionó a mí, costino de origen)

(1) Elegante, cuidadoso en el vestir.

la emigración de los choroyes que cruzaban el cielo en primavera, llenándolo con su estridente chilladiza.

Tenía Parral no sé qué de campamento, de improvisada fundación, y el pintoresquismo de los huasos ricos y el clima moral de sus temperamentos primitivos y brutales.

Carreras de caballos, famosas en el Sur; topeaduras, gritos y cuecas; comidas copiosas, potrillos espumeantes de vino, reír de empanadas fritas en las sartenes, y en el Club social, fortunas perdidas al punto y banca y al bacará.

Era un furor dionisiaco, un desborde de pasiones elementales que multiplicaba las mancebías, llenas de recias mujeres, tan gritonas e insaciables como los hombres. Tamboreo de guitarras, cantos destemplados, cuecas zapateadas. La remolienda era un matiz típico del pueblo. Esta perversión ruidosa, a base de arpas y de vino, no nos alcanzó. Posiblemente por la sangre, tan cercana todavía a Europa. Además, nuestros estudios de Humanidades nos ligaban con la capital, donde suponíamos la cultura y el porvenir, no al pueblo retrasado y vulgar.

Hicimos nuestra vida de adolescentes casi aislados. El descubrimiento de un estero, que pasaba de largo a una cuadra del pueblo, en viaje al Parquillauquén, llenó nuestras tardes juveniles.

No lejos del camino había un remanso que sombreaban viejos sauces llorones. Cantaban diucas y zorzales en sus guirnaldas verdeclaras y en la superficie oscura del agua dormida; el sol se entretenía en dibujar arabescos de oro e iluminar, a la acuarela, las alas de los matapiojos.

El grupo que se bañaba todas las tardes en el estero lo constituían un hermano de Fernando y mis hermanos. Fernando era el capitán por decisión unánime. Manejaba autoritariamente a la pequeña escuadra, que le obedecía sin protestas. El más rebelde era yo, y, en su concepto, el menos temible por su endebles. Mis manías de niño regalón lo llenaban de asombro. El hubiera querido (era una forma de afecto) que yo lo imitase en sus gestos audaces, en sus aventuras atléticas.

Fernando fué un enamorado de la vida sana, al aire libre, de los deportes; en una palabra, porque en su fuerte constitución se cuajaba un temperamento hecho para el combate, el de un luchador nato. *Martín Edén*, del norteamericano London, tiene cierta similitud con el carácter y las aficiones de mi amigo.

Yo siempre justifiqué su impulsividad de hidalgo montañés, la rápida decisión de golpear al contrario en muchas ocasiones, porque un gesto despectivo o una respuesta innoble lo ponían fuera de quicio.

Enseñó a nadar a su hermano y a los míos, con una paciencia abnegada, casi paternal. Era el modo como se exteriorizaba su fuerza inteligente, su don de mando.

Su asombro fué considerable cuando me vió cruzar a nado el remanso.

No se imaginó que el adolescente, mimado de la mamá, tuviera esos conocimientos del arte de nadar; pero Fernando no sabía que yo recibí, muy niño, el bautismo del río, costumbre de los guanayes, origen medio indígena, que consistía en arrojar a los novatos al cantil. El cantil era una especie de muro formado por la corriente del Maule en las arenas acumuladas antes de llegar al mar. Tenía diez o doce metros de profundidad en casi toda su extensión, a muy corta distancia de la playa. El que era empujado al cantil nadaba o se ahogaba si no había cerca un amigo que lo arrastrase del pelo como un trompo hacia la orilla. En la arena botábamos el agua tragada y el miedo para siem-

pre. Aprendíamos a nadar de golpe y porrazo con un método tan convincente.

Los guanayes nadaban como los peces, es decir, alargando el brazo izquierdo hacia adelante y el pie derecho hacia atrás, a modo de aletas; no como las ranas, que rompen el agua con los dos brazos a la vez, tal que si quisieran estrecharla contra su corazón.

Santiván nos aleccionó para que nadie entrase al rincón, bajo los sauces. Siempre estaba alguno de guardia. Pero una tarde se adelantó un grupo de muchachos, hijos de zapateros y albañiles de las afueras.

Después de una corta lucha, Fernando, desnudo de cintura a arriba, ahuyentó a los intrusos, que huían con sus ropas bajo el brazo a través de los potreros.

Al finalizar las Humanidades se despertó inesperadamente la afición literaria que ya teníamos en la sangre y en el espíritu.

Yo alineaba unos malos versos clásicos; Fernando, poemas en prosa, con tendencia a la narración. Leíamos mucho. El, buenas novelas, rusas y francesas; yo, folletines disparatados.

Habíamos descubierto en una revista una frase de Taine que nos sobrecogió: *El que una vez coge una pluma en la mano, ya no la vuelve a soltar.*

No la comentamos siquiera. No había para qué; pero ahora, pasado casi medio siglo, se me aparece como un augurio fatal, irremediable, que complace y atormenta al mismo tiempo, agri dulce veneno que más gusta mientras más se bebe.

Comprendíamos en forma confusa que el escritor, el novelista sobre todo, tenía una misión que cumplir en un país recién nacido (no hay que olvidar que los naturalistas nos lo habían enseñado), y esa misión era interpretar al medio y al hombre de Chile.

Es, justamente, la paridad de ideales lo que nos ha unido hasta hoy, a pesar de las diferencias temperamentales.

Era necesario ser sincero, dentro de las limitaciones individuales, y, lógicamente, no tomar en cuenta la opinión de los que nos rodeaban, y, hasta cierto punto, las de los críticos profesionales.

Santiván más que yo, ha prescindido de la opinión ajena, e incluso la ha vapuleado valientemente.

Ni él ni yo nos arrepentimos de lo que hemos hecho; ni de los errores, que fueron experiencia; ni de los aciertos, que fueron regocijo.

Hemos amado y hemos vivido y algo hemos hecho, creo yo, por nuestro país.

El fervor que nos dominaba se cristalizó entonces en una revista que vendíamos entre nuestros parientes y relaciones parralinas.

Se imprimió mediante una pasta de gelatina, que se endurecía en una caja de latón del tamaño de un pliego de papel de escuela. Llamaban a ese procedimiento polígrafo, si mi memoria no me engaña.

Le dimos a nuestra revista el nombre de *El Ruiseñor*.

Hoy lo juzgamos cursi desde el balcón de la sesentena, porque era imposible titularlo *El Cernícalo* o *La Diuca*, a causa de que los huasos y los rotos han desprestigiado con su incisivo gracejo los nombres de esos pájaros; pero debemos agregar, en descargo de nuestra ingenua adolescencia, que la palabra ruiseñor era un lazo con Europa, con el romanticismo eterno, con el desperter del espíritu a las bellas ilusiones y a las pasiones generosas.

Ya Fernando ha contado en sus *Confesiones de Eduardo Samaniego* la his-

toria de la revista, de la rubia y la morena, que eran nuestras musas, y del tragicómico fin del polígrafo por mi inhabilidad.

Recuerdo que la mayoría de esos números, escritos a mano por Fernando, en perfilada letra que no conserva más que el pelo, se imprimieron en el campo, en un pequeño pabellón octogonal de la casa del fundo de su padre, y al escribir estas líneas siento que la siesta estival, con su ruido de chicharras y de trinos huidizos, llena mi corazón de luz, como se llenaba el viejo pabellón de *Los Olivos*.

Fernando, desde esos lejanos veinte años, intuyó su futura personalidad de novelista, y más tarde, salvo un paréntesis sin mayor importancia para su obra, en la época de D'Halmar permaneció fiel a su ceñida observación de la realidad y a su ingénita condición de poeta.

Aquellas casitas blancas en medio del bosque, las manos comprensivas de la compañera rubia, el sonar de los arroyos y el color de los atardeceres, son la raíz de *Ansia*, de *La hechizada* y de numerosas novelas cortas de Santiván.

Yo, en cambio, estaba desorientado por completo. Inventaba inverosímiles intrigas (lo importante era que tuvieran mil páginas), con títulos como *La hija del mar o el diario de un contramaestre*, *El secreto de una monja o los misterios de un viejo convento*, y otras tonterías por el estilo.

Había que ver las dificultades en que ponía a mi amigo para encajar fragmentos de esos novelones en una hoja o dos de la revista.

No se irritaba Fernando ni me decía ninguna impertinencia. Me hablaba con cierto tono sentencioso, ligeramente-protector (posible herencia de Castilla otra vez), de que debía contar lo que me ocurría y no inventar fábulas que nada tenían que ver con mi vida. Y debo confesar que tomé, más tarde, muy en cuenta el amistoso consejo. Eran mi inexperiencia y mis lecturas las que me hicieron concebir esas bobadas, porque en mi casa se arrumaban pirámides de novelas por entregas de Luis del Val y de Ortega y Frías, con las que Bindis inundó a Chile en esos tiempos.

Hoy observo que algo tenían que ver conmigo, a pesar de todo. En un viejo cuaderno, donde hay dos capítulos de *La hija del mar*, pinto a un viejo constructor cascarrabias, mi abuelo francés, que más tarde iba a resucitar sin muchos cambios en mi novela corta *Un hijo del Maule*.

Durante un verano posterior, casi no vimos a Fernando en el pueblo, y nos hacía falta. Lo añorábamos y lo añoraba el remanso, bajo su verde techumbre de sauces llorones. Lo suponíamos en romántica aventura con la hija de un hacendado, o con una veraneante, en las Termas de Catillo. Un día lo divisamos con un hermoso traje ciudadano y un cumplido sombrero de paja sobre la abundosa melena, y en otra ocasión pasó al galope, hacia el campo, flotante al viento su manta blanca de verano.

Pero más tarde supimos que Fernando se había hecho *canuto* y era como el discípulo predilecto del albañil Zúñiga (tal vez un exegeta, como dicen ellos) y del abnegado grupo de adventistas parralinos que, como sus cofrades del mundo, esperan pacientemente la llegada del Mesías.

Me lo imaginaba interpretando algún versículo de la *Biblia*, con sus ojos verdes iluminados y desordenada la copiosa melena veinteañera. Yo no dudé que mi amigo, siempre amigo de las innovaciones y sincero apóstol de la solidaridad humana, creyese sinceramente en el adventismo o en el descenso del Espíritu Santo a la tierra, según los pentecostales; de que esto sea lo que piensan los pentecostales, no estoy muy seguro; pero Fernando amaba las

bellas cosas de la tierra como yo, y entre estas bellas cosas a las mujeres, y aunque no logré cerciorarme, conocía a la hija del adventista Zúñiga y admiraba sus ojos ingenuos, en violento contraste con la curva atrevida de su pecho y con las medias naranjas de sus caderas.

Año más tarde, al encontrarme con Santiván en Santiago y compartir a veces el medio en el cual vivía en San Bernardo, el de Augusto d'Halmar, ocurrió un hecho semejante en la colonia tolstoiana.

El mismo Fernando me lo ha contado, y hemos reído de buena gana al recordarlo.

De vuelta del Sur, en una experiencia colonizadora de D'Halmar—contó humorísticamente en *El Mercurio*—, los catecúmenos, que habían tomado en serio la doctrina tolstoiana, incluso el voto de castidad, vivieron en un solar, cedido por Magallanes Moure, alcalde entonces de San Bernardo.

Fernando, contraviniendo la palabra dada, le hizo el amor a una muchacha que vivía en los alrededores, y en la noche, furtivamente, abandonaba el campamento para reunirse con ella.

Se oían entonces voces sordas, rechinadas entre dientes coléricos, que pronunciaban palabras como éstas:

"Miserable."

"Traidor."

"Mujeriego."

Santiván, en esos años, escribía con profunda fe en la misión social del escritor. Vivía en la casa de D'Halmar, en San Bernardo, y con una hermana de Augusto se casó después.

Fué él quien me presentó a D'Halmar, cuya elegancia y finura espirituales nos embrujaban. Todos los escritores de ese tiempo, incluyendo a Pezoa y a Ignacio Pérez Kallens, sufrimos su influencia directa o indirectamente. Sobre todo por su actitud desafiadora frente a la sociedad. Fué una especie de representante de los artistas, y su misión consistió en dignificarlos, en darlos a conocer como elemento útil en la vida de un país.

Gesto revolucionario, sin duda alguna, porque el instante histórico de Chile, en pleno auge del salitre, era la idolatría a los dioses del lujo y de los placeres fáciles.

D'Halmar se aislaba en San Bernardo; pero, con frecuencia, iba al Ateneo, y elegantemente trajeado de negro recitaba, con su pastosa voz de barítono, unos monólogos, cercanamente imitados de Poe y de su *Corazón revelador*.

Reconocíamos todos su maravilloso genio verbal, la originalidad de las imágenes y, sobre todo, el ritmo de una nueva prosa, que se alejaba del academicismo hispano, algo manido, para acercarse a Flaubert y Maupassant.

Es la importancia de D'Halmar en la evolución de nuestra prosa narrativa. Un cambio de frente, un viraje en redondo, como dicen los marinos y los escritores actuales, sin que se den cuenta que son sus herederos, y algo le debe cada uno.

Poco después, D'Halmar se fué al Perú; luego, a la India, y, por último, vivió en España.

Como el vilano de cardo de su historia, dejó caer en Chile su semilla, y él siguió, *descaminado, enfermo, peregrino* (1), hacia otros horizontes.

Santiván, hombre de acción, proyectó y publicó revistas; le obsesionó durante muchos meses la fundación de una Casa o Club de Escritores, anteceden-

(1) Versos de un soneto de Góngora que D'Halmar recitaba a menudo.

te de la actual Sociedad; viajó a Antofagasta a dirigir un diario; abandonó, a raíz de la primera guerra europea, una alta situación periodística: la dirección de *La Nación* nada menos, ofrecida por don Eleodoro Yáñez, y se fué al sur de Chile a dictar conferencias sobre Alemania, y tuvo tiempo aun para amar y escribir novelas.

Este espíritu luchador es, sin duda, una de sus características psicológicas más salientes, y para interpretar su creación literaria la considero fundamental.

Años más adelante, Santiván dejó definitivamente a Santiago, y compró una hijuela a orillas del lago Villarrica. La bautizó "Isla de Robinsón", y este nombre explica ya un estado de alma. Había terminado para siempre con los círculos literarios, pero no con sus amigos y camaradas de entonces y de siempre.

En tal forma se compenetró Santiván con ese medio primitivo, que en poco tiempo el escritor santiaguino parecía un colono más en las hijuelas de Molco y de Lonquén, a la orilla occidental del lago, como un colono que tuviese el mágico privilegio de convertir en arte sus experiencias cotidianas. Fué por esos años cuando lo visité. Lo vi actuar de médico en muchas ocasiones. Era para los colonos como un brujo, situado en el término medio: entre un médico y un curandero. Daba remedios y consejos higiénicos o ponía inyecciones, y oía muchas veces a los colonos decir en voz baja:

—Privan mucho pu'aquí los remedios de on Santiván.

Gran conocedor de la vida de los colonos, y consciente de su ignorancia aun en las cosas más elementales de la tierra misma donde vivían, ensayó una escuela de campo, de acuerdo con las necesidades de esa región, donde aún los árboles recién caídos llenaban los potreros y el trigo y el pasto crecían entre hoyos fangosos y tocones carbonizados.

Experiencia originalísima, narrada en su libro *Escuelas rurales*, y que, por desgracia, los teóricos dirigentes de nuestras escuelas ni siquiera saben que existe.

Desde muchacho, Fernando fué un apasionado de la carpintería. Le oí decir muchas veces que el escritor debía conocer un oficio cualquiera. Era como un lazo con el obrero o el artesano, influencia de Zola o de Tolstoi posiblemente, o quizá como Goethe, que dejó de escribir para dibujar, y pensó que el lápiz y la estompa hacían las ideas más claras y las imágenes más vivas.

Hoy, en Valdivia, este banco carpintero se ha convertido en una fábrica de muebles, de la cual Fernando conversa como de una novela o de un cuento que está planeando. Y creo que este equilibrio entre la fantasía y la realidad observada, casi vivida, es lo que ha conservado la potencia creadora en la literatura de Santiván. Desde luego, no existe el obstáculo de la retórica ni tampoco deforma el estilo el desaliño de la improvisación.

Un amigo común, que ha leído a Santiván y lo estima, me dijo hace poco:

—Muy merecido el premio a Fernando. Cuando lo leo me da la sensación de que lo que cuenta me ha sucedido a mí alguna vez.